

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A) LA DEDICACION DE LA BASILICA DE LETRAN

Quizá alguien se pregunte el por qué no celebrar la Liturgia del Domingo XXXII en vez de la Liturgia de la Dedicación de la Basílica de Letrán. No es el momento de responder de una forma exhaustiva a tal demanda; pero sí afirmar la importancia de celebrar en todas nuestras comunidades dos fiestas de dedicación de la iglesia: Una es la Dedicación de la Catedral de nuestra diócesis, que es el centro espiritual de nuestra iglesia local. Otra es la Dedicación de la catedral de Roma, a saber, la Dedicación de San Juan de Letrán (9 noviembre). Algunos celebrarán una tercera fiesta, la dedicación de su propia iglesia parroquial.

Primeramente debemos acentuar la importancia de la Basílica de San Juan, por lo que ella significa y por su simbolismo. La basílica de san Juan de Letrán es la catedral del Papa como obispo de Roma, fue durante varios siglos la residencia habitual de los Papas. Aún hoy, aunque reside en el Vaticano, el día del Jueves Santo, el Papa preside cada año la Eucaristía en San Juan de Letrán, con el lavatorio de los pies. Esta basílica es símbolo de la unidad de todas las comunidades cristianas con Roma: se la llama “*la madre de todas las Iglesias*”, y por eso celebramos esta fiesta en todo el mundo. Es una manera de recordar que todos estamos unidos por una misma fe y que la Iglesia de Roma es un punto de referencia fundamental de nuestra fe.

La basílica lateranense fue obra del emperador Constantino, y fue dedicada hacia el año 324. A partir del siglo XI, la dedicación se celebraba el 9 de noviembre.

La Liturgia de la Palabra nos ayuda a profundizar en el contenido teológico del templo eclesial para de este modo valorar más su importancia y la oportunidad de recordar su dedicación. Las lecturas de hoy nos presentan un mosaico de imágenes de lo que es la Iglesia:

el agua que brota del templo, el edificio que se construye sobre Cristo, el templo de Dios y morada del Espíritu, el templo que somos cada uno de nosotros, el templo que hay que defender como casa de oración, el Cuerpo de Cristo, que será reedificado al tercer día.

En el Templo hay vida. Ezequiel ve el agua que brota del Templo. En realidad, del que mana la salvación es de Dios. Pero Dios manifiesta sacramentalmente su presencia por medio del Templo. “*Un río de agua de vida que brota del trono de Dios y del Cordero, que da vida a los árboles y hace medicinales sus hojas*” (Ap 22,1-2).

El simbolismo del agua es muy rico. Pero en el evangelio, el agua es, sobre todo, Cristo Jesús, como él mismo indica a la samaritana junto al pozo, donde ambos habían ido en busca de agua. O también es su Espíritu, como en otra ocasión afirma el evangelista: “*de su correrán ríos de agua viva: esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él*” (Jn 8,38s).

El agua que mana del templo sugiere que todas las bendiciones que recibe Israel provienen de Dios. El agua es la fuente de la vida, y a menudo está asociada a la presencia de Dios. Por ello el agua que mana del templo tiene capacidad para fecundar la tierra desértica de Judá e incluso es capaz de sanear las aguas saladas del Mar Muerto, en el que no podía haber vida. Leemos en la primera lectura: Ezequiel 47,1-2.8-9.12 “*Del zaguán del templo manaba agua hacia levante... Estas aguas fluyen hacia la comarca levantina, bajarán hasta la estepa, desembocarán en el mar de las aguas salobres, y lo sanearán... A la vera del río, en sus dos riberas, crecerá toda clase de*

frutales; no se marchitarán sus hojas ni sus frutos se acabarán". Uno de los fundamentos de la riqueza de Babilonia era el río Eufrates, muy conocido por Ezequiel. El profeta se sirve de la imagen del agua, y contempla a Sión toda ella recreada por los brazos de un río abundante y ve cómo del templo mana una fuente de agua que corre impetuosa desde los cimientos de ese lugar en el que Dios habita y donde se celebra su culto.

Ahondemos en la importancia del templo como presencia del Señor. El templo es el lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Por eso ocupa el lugar central en la visión de Ezequiel. En el evangelio de Juan la actividad de Jesús girará con mucha frecuencia en torno al templo y lo que él significa. El templo de Jerusalén era el lugar central de la vida religiosa del pueblo de Israel. Se consideraba el espacio privilegiado de la presencia de Dios en la tierra y, por tanto, el lugar adecuado para el culto y la oración.

Damos un paso hacia delante: ahora será la comunidad cristiana el nuevo templo. Las cartas de Pablo utilizan varias imágenes para referirse a la comunidad cristiana. Una de ellas es la de un edificio. Cuando habla de la comunidad cristiana con este lenguaje, Pablo suele pensar en un edificio muy concreto, que no es otro que el templo de Jerusalén. El templo era el lugar de la presencia de Dios, y Pablo asegura que ahora Dios está presente en la comunidad creyente. Así como en el templo de la antigua alianza Dios residía en el templo, ahora el Espíritu de Dios habita en los creyentes, nuevo templo de Dios. Escuchamos en la segunda lectura (1Cor 3, 9c-11.16-17) *"Hermanos: sois edificio de Dios. Nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo. ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?. Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros"*. El verdadero templo de Dios es la propia comunidad humana. Este despegue de los lugares fijos de culto fue mantenido por los cristianos durante mucho tiempo.

Es necesario purificar el Templo a fin de que sirva para lo que fue edificado. El conocido episodio que Jesús expulsó del recinto... está presente en los cuatro evangelios, que de un modo u otro interpretan el gesto de Jesús en la línea de la llamada profética a un culto sincero y auténtico. En el evangelio de Juan el relato se centra pronto, como es habitual, en la persona de Jesús, y se convierte en un texto de autorrevelación. No es inútil recordar que los sinópticos ponen este hecho al final de la vida de Jesús en Jerusalén; San Juan al principio. Es la primera vez que Jesús manifiesta, aquí todavía de forma indirecta, su identidad divina, cuando habla del templo como *"la casa de mi padre"*. Por otro lado, toma la imagen del santuario para aplicarla a su cuerpo; es otra forma de indicar que en él está la verdadera presencia de Dios en el mundo. Además, sus palabras sobre la destrucción y la reconstrucción del templo que es su Cuerpo constituyen un anuncio de su futura muerte y resurrección. *"Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre"... "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré"... Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús"*. (Jn 2, 13-22).

El templo antiguo, gloria del judaísmo, queda superado y debe ser reemplazado por el nuevo templo, el Cuerpo de Cristo. En este evangelio, en lugar de hablar de la purificación del templo, sería más exacto referirse a la *"sustitución"* del mismo.

Ahora quizá comprendamos mejor el por qué, siendo domingo, celebramos la memoria de la dedicación de la basílica de San Juan de Letrán.

